

Sartre y el ateísmo

Ignacio Solares

La inexistencia de Dios es uno de los aspectos esenciales del pensamiento de Jean-Paul Sartre. Ignacio Solares, echando mano del psicoanálisis y no sin cierto sentido del humor, va en busca de las posibles razones que se encuentran tras el ateísmo del filósofo francés.

Si el hombre es, ya, ese animal que no puede dejar de ejercer su libertad, conseguida a través de tanto dolor y esfuerzo, es asimismo aquél cuya libertad sólo alcanza plenitud dentro de formas que la contienen adecuadamente, porque ellas mismas nacen gracias a un acto libre. Se comprende que la exacerbación contemporánea del problema de la libertad no sea un don gratuito sino una conquista existencial *en lo individual* y tenga, en buena parte de su formulación literaria, el rechazo —y en ocasiones frecuentes, la agresión— contra los órdenes tradicionales, tan llenos de cadenas. Esto pudo llevar a Julio Cortázar a afirmar “que la angustia del hombre, y especialmente del artista actual, nace en buena medida de la dura, solitaria —y a veces dudosa— batalla que libra consigo mismo para escapar a toda tentación religiosa tradicional”. Renuncia, en efecto, de su humanidad —“no yo sino Dios en mí”— en lo divino, aquella esperanza de apocatástasis tan cara a los creyentes. Pero, finalmente, una angustia fecunda aunque amarga, del hombre consigo mismo, bastándose para sufrir y soñar, poniendo su esperanza, más que en el cielo que nos tienen prometido, en la trascendencia individual que será el encuentro con nuestros semejantes. Un humanismo, más que de ser, de ser-con. Como dice un personaje de Buñuel en *Nazarín* al tener que escoger entre Dios y su amor: “No cielo, sí Juan”.

Quizá, ningún otro escritor contemporáneo ejemplifica mejor esta dura lucha con lo divino —pero una lucha como la que libran las banderas con el viento— que Jean-Paul Sartre, al grado de que, por momentos, parecía haberla perdido, y engañarse a sí mismo. Y es que desde el principio, fue una conquista la suya muy “dudosa” sobre Dios, como diría Cortázar.

Su postura —gran error— era aparentemente sin fisuras.

Dice en un diálogo con Simone de Beauvoir en *La ceremonia del adiós*:

—El ateísmo —dice Simone— es para usted una de sus evidencias más claras y desde muy joven, casi desde la adolescencia, una de las bases de su vida y su creación misma. ¿Y qué piensa de la gente que aún hoy se dice creyente?

—Esa fe me parece una supervivencia. Creo que hubo una época en la que era normal creer en Dios, en el siglo XVII, por ejemplo. Actualmente, dada la forma de pensar y en que se vive, la conciencia de nuestra propia conciencia, ya no hay esa intuición de lo divino. La idea de Dios es hoy, sin lugar a dudas, una idea anticuada. Siempre siento, cuando alguien me habla de Dios, en él algo caduco, envejecido.

—¿Pero por qué cree que se aferran a esa noción anticuada y caduca?

—Porque no pueden vivir sin ella, pero eso no evita que estén anticuados, envejecidos, al margen de nuestra época. Aunque sean excelentes personas, o grandes matemáticos o filósofos, tienen una visión del mundo que ya no pertenece a la nuestra.

—¿Pero de dónde cree que les viene esa visión del mundo?

—De su elección, de su libertad y además de las influencias que tienen alrededor. Las mujeres, por ejemplo, han estado más vinculadas a la religión que los hombres, al menos en la época anterior. Por lo tanto, me parece que esos hombres huelen a pasado, a viejo pasado. Por eso los jóvenes de hoy, que aún creen en Dios, necesitan un vínculo tan fuerte con la tradición. Jóvenes muy diferentes a los verdaderamente de hoy, a los nuestros...

Estando en principio de acuerdo —habría que insistir en “que la angustia del hombre actual y especialmente del artista, nace en buena medida de la dura, solitaria (y a veces dudosa) batalla que libra consigo mismo para escapar a toda tentación religiosa tradicional”—, creo sin embargo que sigue teniendo un gran interés psicológico rastrear en qué momento y por qué una persona se vuelve atea, algo que valida nuestra capacidad de autoconciencia, y que por cierto no hizo el padre del psicoanálisis existencial.

Podría suponerse que su ateísmo nació después de una aguda y madura reflexión. Pues no, fue durante su adolescencia y más bien a consecuencia de algo así como un capricho.

Por principio de cuentas, hay que recordar que Sartre fue hijo único, perdió a su padre muy pequeño y vivió como niño mimado por su madre y su abuelo. “No había capricho que no se me concediera”, dice. Y en ese contexto, agrega en *Las palabras*:

“Había jugado con unos fósforos y quemado una alfombrita en el baño. Estaba tratando de arreglar mi destrozo cuando, de pronto, Dios me vio. Sentí su mirada en el interior de mi cabeza. Me puse a dar vueltas por el baño, escondiéndome de mí mismo, como un blanco vivo. Me salvó la indignación. Me puse furioso contra tan grosera indiscreción. Blasfemé como el abuelo: ‘Maldito Dios, maldito Dios, maldito Dios’. No me volvió a mirar nunca más. Acabo de contar la historia de una vocación fallida: necesitaba a Dios, me lo dieron, pero lo recibí sin comprender que lo buscaba. Al no poder echar raíces en mi corazón, vegetó en mí durante algún tiempo y después se fue. Hoy, cuando me hablan de Él, digo con la diversión de un viejo enamorado que se encuentra con una vieja enamorada: ‘Hace cincuenta años, sin ese malentendido, sin esa equivocación, sin el accidente infantil que nos separó..., podría haber habido algo entre nosotros’”.

Hay que resaltar la nostalgia de estas líneas. Porque, además, en ese “malentendido infantil”, es obvio que Sartre buscaba, inconscientemente, la mirada de un padre ausente que lo castigara por la travesura que realizó (¡jugar con fuego!), ya que, en la realidad real, nadie lo castigaba para nada. Sabemos que cuando a un niño, a



Jean-Paul Sartre en Boulogne, Billancourt, 21 de octubre de 1970



Sartre en un retrato de Tullio Pericoli

ciertos niños, no se les reprende en algunas circunstancias, se les hace más daño que bien, se les rompe un esquema —un condicionamiento innato— que puede incluso traducirse en un ataque histérico. Muy en especial porque, no hay duda, Sartre tenía alma de artista y en sus primeras lecturas buscaba a Dios, según nos dice él mismo:

“El espíritu daba testimonio de Dios. Mi abuelo veía en la belleza la presencia carnal de la Verdad y la fuente de las más nobles elevaciones. En algunas circunstancias —cuando estallaba una tormenta en una montaña, cuando estaba inspirado Víctor Hugo— se podía alcanzar el Punto Sublime donde lo Verdadero, lo Bello y el Bien se confundían. Yo había encontrado mi religión: nada me parecía más importante que un libro. En la biblioteca veía un templo. Como nieto de sacerdote, vivía en el techo de un mundo sublime”.

Pero para entender esa “conversión” de Sartre al ateísmo faltaba una pieza que de pronto descubrí: su fealdad. Se sabía tan feo, dice, que por momentos no soportaba verse al espejo. De ahí también que su relación con las mujeres —especialmente durante su adolescencia y su juventud— fuera tan complicada. El propio Camus escribió, después de la polémica pública que los separó para siempre (habían sido muy amigos): “La verdad es que el fondo del problema es que Sartre siempre envidió mi éxito con las mujeres”.

En ese contexto, le confiesa a Simone de Beauvoir en *La ceremonia del adiós*:

“Un buen día, hacia los doce años, en La Rochelle, donde mi familia había alquilado un chalé en las afueras de la ciudad, yo tomaba el tranvía por la mañana para ir a la escuela, con unas vecinas muy bellas, quienes iban al Instituto Femenino de la localidad. Se trataba de tres brasileñas: las hermanitas Machado. Me gustaban tanto, que me paseaba delante de su casa, esperando que estuvieran listas, arregladas, para tomar el mismo tranvía. A veces estaba frente a su casa varios minutos. Y en una ocasión, no sé de dónde se me vino a la mente este pensamiento, ni por qué me afectó tanto: ‘¿Pero si Dios no existe!’ ¿Por qué ahí, en ese momento? Es cierto que debía haber tenido antes ideas referentes sobre el tema de Dios, pero fue aquel día en que me invadió la intuición con todo su peso, como una total e irreversible convicción. Resulta sorprendente que me haya convencido de ello a los doce años y que nunca más haya vuelto a abandonar la convicción de que Dios no existe”.

El padre del psicoanálisis existencial nunca quiso, ni intentó, hacer la relación de su ateísmo con el momento —tan particular— en que éste le nació “como una intuición”. ¿Era demasiado complicado para él reconocer que era ateo —y esto al margen de los altos logros que gracias a su concepto de la libertad aportó a la literatura y a la filosofía—, por su fealdad? **U**



Jean-Paul Sartre con Jacques Lacan, Cécile Éluard, Pierre Reverdy, Louise Leiris, Pablo Picasso, Zanie de Campan, Valentine Hugo, Simone de Beauvoir, Brassai, Albert Camus, Michel Leiris y Jean Aubier